

UNA REFLEXIÓN ANTE LA CRISIS.

MIGUEL ANGEL GONZALEZ TORRES [1]

La pandemia constituye una catástrofe global con cientos de miles de muertos a lo largo del planeta. Una tras otra, regiones y países se han visto afectadas y se han visto obligadas a luchar, con las escasas armas disponibles, contra un enemigo invisible y mortal. Sin duda esta catástrofe nos interpela a todos, y todos hemos reflexionado sobre su impacto en la vida de nuestra gente, nuestra sociedad y nuestro pequeño mundo personal. Hoy, en lugares como España, empezamos a salir del pozo de dolor y extrañeza en el que hemos vivido, salimos a la calle guiñando los ojos, asustados por la luz y asombrados de que las calles y los edificios, mudos testigos de la plaga, continúen en pie, observándonos mientras les observamos.

Existen tantas maneras como personas de organizar una reflexión en torno a este fenómeno. Una puede ser articular el pensamiento en torno a ideas que han surgido y surgen al haber vivido este drama desconocido

FRATERNIDAD

Muchos años atrás las familias al anochecer se congregaban en torno a la única televisión, en la que se veían los programas del único canal. Miles de familias al unísono escuchaban la misma historia, que luego era compartida al día siguiente. O leían el mismo periódico, al que a menudo se denominaba simplemente “el periódico”. Una comunidad de historias y relatos presidía una sociedad uniforme. Incluso por encima de clases sociales y venturas



existía un mundo compartido. Ladrones y policías, víctimas y verdugos, ricos y pobres vivían escenarios comunes y sobre todo, vivían recuerdos de dramas del pasado que todos habían sobre-vivido. Décadas atrás comenzó una época de prosperidad económica en la que surgieron multitud de mundos mínimos que habitaban personas y grupos diferentes. Cada mundo contaba con sus relatos, sus sueños, incluso sus recuerdos y las experiencias realmente comunes iban diluyéndose hasta constituir sombras tenues. Repentinamente la pandemia crea una capa de dolor que cae sobre todos sin distinción. Como la nieve del relato de Joyce, que cae sobre montes y ciudades, calles y jardines, sobre los vivos y sobre los muertos. Su gélida blancura nos iguala e impone un relato poderoso que a todos incorpora. Hemos vivido, estamos viviendo, una gran nevada maligna que ha dejado las calles vacías, las grandes avenidas y los pasajes estrechos de la ciudad vieja. Quizá por vez primera desde nuestra Guerra hemos vivido un desastre común, que ha producido muertos y

[1] Psiquiatra. Psicoanalista. Presidente del Centro Psicoanalítico de Madrid.

dolor, generará recuerdos compartidos y esa peculiar sensación de fraternidad de quienes han vivido un drama simultáneo. Incluso una reflexión como esta posee un aroma fraternal. No solo por el número especial de la revista que la acoge, dedicado por entero a este tema, sino porque en este instante miles y miles de artistas, científicos, humanistas y pensadores de toda condición en todo el plantea, intentan dar sentido a lo que sucede. También en eso estamos unidos. Puede además que al igual que sucede con el dolor de las contiendas bélicas, no seamos nosotros mañana quienes conversemos sobre lo vivido, sino nuestros hijos y sobre todo nuestros nietos. La Memoria Histórica suele ser propiedad de quienes no han vivido lo narrado, de aquellos que buscan la identificación con ese abuelo, héroe idealizado, que en vida nunca compartió sus recuerdos y optó por el silencio. Demasiada emoción y demasiado compleja para ser convertida en palabras para aquellos que nada han sufrido.

DESIGUALDAD

La pandemia es un manto de nieve que todo lo cubre, pero bajo el, las personas viven situaciones muy dispares. En el plano económico, claramente la sociedad se ha dividido en tres partes. Quienes poseen ahorros que les permiten lidiar con la parada económica brutal que ya vivimos y el más que probable desastre que nos espera, quienes viven, vivimos, de la Administración Pública y navegamos en aguas seguras en medio de la crisis y...los demás. Quienes viven al día, quienes ganan su jornal en la jungla de la empresa privada que lleva ya años trasladando tareas a países lejanos con sueldos ínfimos y sindicatos verticales, si existen, que hoy en algún caso están cubiertos por ayudas estatales transitorias que nadie sabe lo que van a durar. Y al lado de todos ellos la siguiente generación, posiblemente la mejor preparada de la historia de España y que se enfrenta a la emigración (Europa acogedora) o a subsistir

con ayuda familiar trabajando para grandes multinacionales con salarios mínimos que jamás les permitirán adquirir los bienes que otras generaciones considerábamos importantes señas de identidad de la vida adulta. Dicen algunos observadores que los jóvenes hoy optan por los vehículos compartidos, las viviendas con alquileres múltiples, los viajes durmiendo en sofás de otros jóvenes de todo el mundo. También les fascina la ropa usada y la comida vegana. Ciertamente es una suerte que esto sea así, porque si mantuvieran las mismas preferencias que nosotros vivirían un verdadero infierno. Jamás podrán tener automóvil nuevo, ni comprar una vivienda digna sólo con su sueldo, ni poseer una segunda residencia...ni optar por el rodaballo en vez del falafel.



Una desigualdad que se ha manifestado con intensidad en esta crisis es la cronológica. La generación anciana ha generado el grueso de las víctimas de la pandemia. El cuerpo vulnerable de los mayores no ha podido resistir el embate del virus y muchos, sobre todo las más ancianos aislados en las residencias han sido víctimas de la enfermedad, falleciendo en la soledad de sus habitaciones, a menudo sin despedida ni último abrazo. La situación ha generado además un triage quizá necesario, pero sin duda cruel, al distribuir los recursos escasos en las UVI's entre aquellos con mayores posibilidades de aprovecharlos. Y en ese subgrupo nunca estaban los ancianos. El listado de criterios que en el momento álgido de la crisis determinaba que podías no ser candidato a contar con un respirador es sobrecogedor y nos obliga a pensar en lo fácil que resulta ser excluido. Un criterio principal ha sido la edad. Pura y simplemente.

En este contexto, han surgido voces de “personas de opinión” de edad avanzada. Políticos u hombres de letras (no he escuchado a ninguna mujer hablando en ese tono) que declaraban gallardamente su disposición a morir y dejar el lugar a los jóvenes. La economía no debía pararse, opinaban, para no bloquear el futuro a los jóvenes. Si ello conllevaba que muchos ancianos fallecieran, empezando por ellos, que así fuera. Pero esas expresiones de bravura, admirables sin duda debemos escucharlas en el contexto de treinta mil muertos y muchos más enfermos y hospitalizados. Entre ellos, como sabemos todos los sanitarios, compañeros de 50, 40 y hasta de 30 años. Y no sé si será posible la gallardía al enfrentarse a la muerte que viene de la insuficiencia respiratoria extrema y la trombosis.

HEROÍSMO

Nos hemos encontrado con multitud de heroísmos cotidianos. Con personas muchas veces orgullosas de su trabajo diario, que afrontaban con convicción porque sentían que ese era su deber. El deber parece un concepto decimonónico, trasnochado y ausente en las tertulias y otros foros opinativos. Pero existe una clara percepción de obligación moral, de fuerza interna que despierta orgullo al estar haciendo algo doloroso pero a la vez lleno de valor. Se trata del trabajo diario, rutinario, sin grandes gestos y llevado a cabo no por personajes aislados en momentos críticos, sino por la abrumadora mayoría de las personas que tenían que estar ahí y han estado. Hay algo heroico en ese hacer lo que se debe hacer cuando debe hacerse, asumiendo los riesgos de la profesión que cada uno ha escogido.



Contrastan esas personas, que han cumplido su tarea con eficiencia y en silencio con otras, que airadas por no tener la oportunidad o el conocimiento para desarrollar una tarea relevante en la crisis, agitan los brazos para llamar la atención, se dan grandes golpes en el pecho y buscan micrófonos y cámaras para hacer declaraciones contundentes representando, dicen, a unos u otros héroes, ellos sí, maltratados de un modo u otro por la autoridad correspondiente. Sin duda este anhelo heroico se nutre de una extendida necesidad en nuestro medio de adquirir altura y prestigio a base de construir un poderoso enemigo al que uno se enfrenta valerosamente. A menudo la escasísima altura de los poderosos enemigos otorga un cierto patetismo a estos intentos. El peligro sin duda es que los anhelos heroicos acaben dando alas a los enemigos reales hasta convertirlos en los poderosos adversarios que hoy están lejos de ser.

COBARDÍA

Todos conocemos a personas que en los albores de la crisis desaparecieron para resguardarse en la trinchera más protegida que encontraron. Los cobardes son, o somos, personajes frecuentes. Profundamente humanos en su decisión de evitar el peligro, exhiben esa tendencia a la huida que en alguna medida todos llevamos dentro. Decía un viejo sabio que “más vale decir aquí vive un cobarde que aquí murió un valiente”. Los cobardes son un espejo en el que contrastamos nuestra imagen. Su presencia, o más bien su ausencia, nos alivia mostrándonos aquello que, todavía, o por ahora, no somos. Fuera de las contiendas bélicas no hay muchas oportunidades de observar de cerca a estas personas. Uno diría que no hemos visto demasiados cobardes, incluso han sido pocos. Sin embargo, merece al pena detenerse a pensar sobre la pequeña cobardía cotidiana, la que se muestra al no mirar, al volver la cabeza, al no escuchar a todos aquellos que si precisarían una mirada, una palabra o una acción, nuestra.

CASTIGO

Históricamente, las epidemias se consideraban el justo castigo a nuestros pecados, a la falta de fe, a dirigir la mirada hacia nuevos dioses. El filósofo francés Francis Wolff señala como hoy seguimos funcionando del mismo modo. Solo han cambiado nuestros pecados. Ahora la epidemia es el justo castigo por nuestras políticas medioambientales o por nuestra política neoliberal, o por una variada combinación de ambas.

También aquí encontramos algo profundamente humano en esta reacción. Esta creencia mágica nos otorga un control potencial sobre el desastre. Si prestamos mayor atención a la naturaleza y no la destruimos o si abandonamos la teoría económica de Milton Friedman, entonces nos salvaremos, no habrá pandemias, ni dolor, ni catástrofe. Igual que siglos atrás se organizaban procesiones con sacerdotes e imágenes al frente implorando la protección de Dios frente a la peste, hoy marchamos unidos al son de promesas de respeto al medio ambiente y envueltos en pasión keynesiana.

Entonces y ahora eludimos un terror profundo al azar que gobierna nuestro mundo. El verdadero temor es que no poseamos control alguno sobre nuestro destino. La pesadilla más perturbadora es que un día un cometa errante se estrelle contra nuestro planeta y lo destruya. Sin más, porque es posible, porque puede ocurrir...Y el Universo entero permanecerá en silencio tras el estallido de nuestra civilización sin derramar una lágrima por la pérdida de tantas vidas, por la desaparición de Cervantes y Beethoven, De Einstein y Kubrik, de la caoba majestuosa de Guinea, del orgulloso tigre de Bengala, del oso grizzly o de la sequoia de California. Todo eso se perderá como lágrimas en la lluvia... El filósofo se pregunta si hace ruido la caída de un árbol en un bosque deshabitado. ¿Quién escuchará el estrépito de nuestra desaparición?, ¿habremos existido si

nadie nos recuerda?. Es el azar el verdadero horror y nuestra busca desesperada de un castigo merecido no es sino la manera de encontrar un cierto solaz en medio del terrible vacío del azar, Dios supremo.

PARANOIA & ENTROPÍA

Salma Rushdie, con su manera elegante de expresarse, señala en su última novela, como los humanos nos vemos empujados a elegir entre una visión del mundo basada en la desconfianza y la sospecha (paranoia, en su terminología) y otra presidida por la entropía o tendencia natural e inexorable hacia el desorden. Podríamos sustituir estos dos términos por otros más contundentes como la malevolencia y la chapuza. En cualquier caso, el caos que hemos vivido y que aún no ha acabado en la gestión de la Pandemia a nivel global, con cifras inverosímiles, mentiras flagrantes, medidas caóticas, imprevisión general y declaraciones insólitas, nos empuja a escoger entre una u otra teoría conspirativa que plantea un ente individual o colectivo que manipula y domina nuestro mundo para su beneficio o el familiar despropósito de la improvisación, la torpeza o la simple ignorancia. De nuevo, lo que está sobre la mesa es la posibilidad de mantener algún control sobre nuestras vidas. ¿Qué es más aceptable?, ¿Que China haya provocado la pandemia para afianzar su poder sobre el mundo?, ¿que EEUU haya fabricado el virus con algún oscuro objetivo? ¿O bien que todo sea resultado de una impericia global asombrosa en la que la ignorancia, el secretismo, la pereza hayan generado este resultado?. La respuesta no es clara pero ninguna de sus variantes es tranquilizadora.



EXPERTOS

Julien Benda describía en su obra “la traición de los clérigos” el abandono por parte de los intelectuales en el más amplio sentido de su labor fundamental: reflexionar con rigor sobre la vida y transmitir fielmente lo hallado. Criticaba hace ya 80 años a quienes renunciaban a esa labor para el casi sagrada para entregarse a adormecer a las gentes con mentiras dulces que deseaban escuchar. Esa traición ha dado lugar en casi todas partes a una desconfianza creciente a quienes se posicionan en el lugar de expertos; de profundos conocedores de una disciplina. La gente pone en cuestión las opiniones que provienen de ellos y se les retira casi cualquier valor. La opinión de un tertuliano omnisciente cobra el mismo valor que la de quien ha dedicado su vida al estudio de una pequeña parcela de la realidad y que en consecuencia de ello posee opiniones menos contundentes y se pronuncia con menor vehemencia. Los expertos reaccionan escuchando a quienes les preguntan, intentando adivinar qué mensaje desean recibir. Así hemos visto transformaciones sorprendentes, tanto en nuestra patria como fuera, de expertos que han ido convirtiéndose paulatinamente en portavoces, hasta resultar indistinguibles de quienes les emplean.

A finales del siglo XIX la sociedad europea, para disgusto de Nietzsche, renunció a los sabios para quedarse solo con expertos. Hoy prescindimos también de estos. Nos queda un gran colectivo de sujetos-del-supuesto-saber establecidos fuera del consultorio analítico, poseedores de un conocimiento impostado y que tan deseosos de satisfacer al ciudadano corriente, acaban convirtiéndose en uno.



MAGIA

En este panorama de tertulianos-que-parecen-expertos y expertos-que-parecen-tertulianos, encontramos un nuevo tipo de mensaje que había desaparecido de los grandes medios de comunicación. Me refiero a la Magia. Altas autoridades despliegan sin rubor teorías que avergonzarían a un preadolescente. El Presidente de EEUU abogaba hace días por la administración vía oral de desinfectante para acabar con el coronavirus. Un alto responsable del gobierno de España esbozaba una teoría sobre la importancia de los paralelos para entender la letalidad variable de la pandemia. Programas como Cuarto Milenio seguramente considerarían esta reflexión como demasiado esotérica para un programa de cierta seriedad como ese. En un mundo en el que suceden cosas extraordinarias y lo impensable se hace realidad la magia salta al primer plano. Lo irreal, lo soñado, lo temido pero nunca visto, se asoma a nuestras ventanas y comparte espacio con la dura certeza de los hechos.

NO ME TOQUES

Zizek, en su reciente libro sobre la pandemia, describe como Cristo, en el evangelio de San Juan, advierte a María Magdalena tras su resurrección: “Noli me tangere”; “no me toques”. Es el amor y no la certeza del tacto lo que hará presente al Hijo de Dios resucitado entre nosotros. El caos sanitario que vivimos nos empuja a buscar el contacto con el otro a través de la distancia, esa famosa distancia social que en algún sentido nos ha hecho acercarnos. El confinamiento nos ha alejado físicamente de algunos seres queridos, pero en cambio ha provocado llamadas, contactos, largas conversaciones siempre pospuestas con amigos lejanos, preocupación genuina por el bienestar ajeno, dolor cierto por el sufrimiento de los amigos. Como la Magdalena, la prohibición del contacto directo nos ha obligado a pensar sobre los otros, sobre quienes no están, sobre los que hemos perdido, los que añoramos, los que deseamos,

envidiamos o tememos, sobre los que queremos. El beso y el abrazo han desaparecido pero quizá esta distancia impuesta nos ha llevado a un trato diferente quizá, paradójicamente, más cercano.

LENTITUD

Sven Nadolny escribió una preciosa novela, *“El descubrimiento de la lentitud”*. En ella el protagonista asume su profunda y variada lentitud y acaba convirtiéndola en una virtud incuestionable. La situación actual nos ha obligado a muchos a un ritmo más lento. Hemos abandonado la actividad frenética y hemos descubierto que esta nueva lentitud sabe muy bien. Tardes que se deslizan tranquilas, sábados en los que solo hay que estar en casa, leyendo, soñando, viendo esas series que como si se tratara de la remota televisión de los 70, ahora seguimos todos.

¿Era necesaria la prisa, el salto constante de un actividad a otra, de un lugar lejano a otro más lejano...?.

Hoy que muchos hemos redescubierto una cierta lentitud vital, un temor nos asalta en la desescalada. ¿Podremos evitar volver a la locura?. ¿Esto pasará como una tormenta que deja algunos árboles caídos a su paso, que son retirados y todo retorna a lo que antes había?. Seguramente dependerá de nosotros, y del azar, claro. La pandemia ni siquiera ha pasado del todo y por ello cualquier reflexión sobre lo ocurrido debe tomarse como muy preliminar. Solo el tiempo permitirá subrayar algunos hechos y sin duda olvidar otros y de ese modo trazar una crónica más fiel de lo ocurrido y amparados en ella enriquecer una reflexión ahora apresurada. Veremos.

MIGUEL ANGEL
GONZALEZ TORRES



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Benda J. La Trahison des Clercs. Grasset. 2003

Joyce J. Dublineses. Plutón. 2018

Nadolny S. El descubrimiento de la Lentitud. Plataforma. 2018

Rushdie S. Quichotte. Jonathan Cape. London. 2019.

Wolff F, Compte-Sponville A. Préférons-nous la santé à la liberté?. Philosophie. N 139. Juin 2020. Pp 8-13

Zizek S. Pandemia. Anagrama. Barcelona. 2020.